

## Construcción social del significado en la cotidianidad; prácticas y saberes.

Fátima Flores<sup>1</sup>

En ciencias sociales es común referirnos a la construcción social del significado desde que Berger y Luckman particularmente lo expusieron para descentrar la visión unidireccional del sentido de realidad cuando desde paradigmas conservadores se aludía a la relación sujeto-objeto en la diada más ortodoxa y lineal de una función cognitiva. Hoy sabemos que el cerebro es capaz de integrar y acomodar mediante procesos complejos, el sentido de la experiencia que pasa inevitablemente por la interacción con el Otro, además de ser el proceso fundante como sujeto. En este proceso además, se incorpora el sentido de *reciprocidad* pero también de *unicidad* desde las primeras etapas de la experiencia humana. Lo que en términos figurativos viene a constituir la subjetividad, espacio vital en el que el significado adquiere sentido a partir de la experiencia personal y más tarde de las prácticas cotidianas, abonando a un proceso constante de construcción y reconstrucción que el sujeto social hace de su propia experiencia, en resumen de ese conocimiento elaborado.

La experiencia se basa en una representación de una síntesis simbólica que se objetiva a través de las prácticas, en este sentido, la perspectiva de género, alude a esa construcción práctica de una identidad a partir del sexo, lo que determina su complejidad en la cultura, al asumir de manera natural una práctica de facto en función de esa pertenencia identitaria.

Estos entramados subjetivos adquieren un grado de importancia para el sujeto que son prácticamente consensuados a lo largo de la experiencia de vida, transformando ese proceso subjetivo en la verdad del sujeto inmerso en su cultura, en otras palabras, los *objetos de la experiencia*, corresponden a los *objetos del entendimiento* y, es ahí cuando se unifica el conocimiento y la experiencia, haciendo una conjunción arraigada en los intersticios de la propia subjetividad.

Desde el psicoanálisis freudiano a pesar de que su autor no elaboró una definición de subjetividad como tal, se entiende que es partir de la primera experiencia de demanda de la satisfacción oral como hecho biológico que se da paso a una demanda de amor, de

---

<sup>1</sup> Prof. Investigadora Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales (CEPHCIS) Universidad Nacional Autónoma de México. Sede Foránea. Mérida, Yuc.

cuidados y presencia; la necesidad de satisfacción, se convierte en deseo pero para que el sujeto se convierta en sujeto deseante es imprescindible la *mirada del Otro*, es decir el *Otro es quien le constituye* pero también le otorga el *sentido de singularidad*, siendo este proceso de reconocimiento inicial o inaugural que ofrece generalmente la madre o sustituto, fundamental para el desarrollo del psiquismo y sobre todo de la subjetividad que se constituye a partir de los vínculos y las significaciones.

*La subjetividad y singularidad* desde la psicología, son dos procesos que se construyen en paralelo hasta trastocarse y fundirse en la unicidad del sujeto, haciendo un recorrido de dentro para fuera y de fuera para dentro del contexto en el que las personas crecen y se desarrollan. De ahí que la subjetividad no sea solo una construcción individual sino y sobre todo social.

Coincidimos con Fernández Rivas “en que las subjetividades producen efectos y crean significaciones en los grupos, en las instituciones, en el Estado. Intervienen en la orientación que adquiere la sociedad, la historia y en sus movimientos de cambio o parálisis y por lo tanto, aparecen permeadas por el conflicto, por la imprevisibilidad, por el entrecruce de múltiples discursos provenientes de distintos ámbitos de la cultura con los cuales el sujeto puede sentirse más o menos identificado. Es decir, si no se incorpora esta dimensión de lo subjetivo, no podrá entenderse la complejidad de los procesos sociales.

Se requiere por lo tanto, transitar del individuo o sujeto parlante al contexto referencial de su contexto social y viceversa, la interpretación que hace de su experiencia no es solo un eco de lo social o del discurso que circula en las voces que lo circundan, su vivencia del mundo no es anónima, se inscribe en su cuerpo y depende de su transitar en la historia y estos elementos los hacemos cruciales para comprender lo que ocurre en el mundo simbólico de hombres y mujeres desde esa Otredad.

La perspectiva de género, justamente ha hecho suyo el objetivo de comprender este proceso diacrónico y sincrónico entre naturaleza y cultura, denunciando especialmente que esta relación ha implicado una desigualdad social, favoreciendo y privilegiando a los varones desde un sistema androcéntrico de poder. Por lo que nuestra acción está enfocada no solo a la denuncia de esos privilegios, sino a la creación de toma de conciencia como conocimiento desde la deconstrucción de esa estructura subjetiva heteronormativa que permita enfocar los puntos de quiebre y anulación de la palabra

femenina, intentando reconstruir nuevos sistemas de interpretación y significado, desde una ética feminista y liberadora en donde la afectividad por cierto, ocupa un papel central.

Nuestro método por lo tanto, apunta a intentar captar todas aquéllas resonancias subjetivas de los significados que las personas construyen desde su discurso y experiencia, lo que constituye su bagaje representacional y a través del cual también le dan sentido a su experiencia vivida. Nos interesa pues, comprender el lugar que ese significado ocupa en la construcción subjetiva de las personas, cuyo referente se encuentra firmemente anclado a su propia cultura y además con esquemas poco claros de unicidad parental que la convierten en un trasfondo líquido en el sentido de Bauman, en donde la seguridad y pertenencia se diluyen y transforman constantemente.

Debemos aclarar que no se trata de violentar procesos desde una ética feminista, se trata de comprender el lugar y espacio que ese significado ocupa en la experiencia vivida de las personas, sobre todo si ese proceso ha constituido sometimientos e injusticia social en la convivencia humana, porque desde el feminismo la utopía de transformación sigue latente a pesar de las fisuras y complejidades en las relaciones líquidas que actualmente una buena parte de la humanidad sostiene.

Seguimos manteniendo que la sexualidad por ejemplo, no es un asunto personal o una dimensión que se analiza en el cuarto oscuro, es una dimensión social en la que figuran las mujeres, particularmente desde su función biológica, trastocando indicadores de natalidad y mortandad que se registran en sus propias condiciones culturales, volviendo la sexualidad un asunto de estado mediante la pedagogía sexual para los niños, la naturalización de la diferencia de géneros y el aparato reproductor de las mujeres como foco de atención para la demografía por citar tan solo un ejemplo del nivel del poder que el Estado mantiene en el cuerpo y subjetividad.

Fenómenos sociales como la migración, violencia, pobreza, tráfico de drogas con sus repercusiones en la salud y en la decadencia social, así como el crimen organizado, son el panorama social en el que nos movemos, es ahí, donde se requiere del esfuerzo compartido de aquéllos que creemos posible construir un mundo sin estas dolencias, sin estas impunidades que generan un sentimiento de indefensión que agota y enferma dando paso a lo que Julia Kristeva llama las nuevas enfermedades del alma...

Necesitamos volver entonces a los legados teóricos que explican claramente las tensiones inconscientes entre el bien y el mal que constituye la fórmula explicativa de latencias humanas universales, y que atrapadas en la ansiedad del poder y la avaricia, han ido ganando terreno, todo esto para dar no solo una explicación sino salidas que condensen la ganancia del bien por encima del mal en un sentido ético de la humanidad, en resumen, que abogue por una lógica de los hechos como fue planteado en la obra de las minorías activas de S. Moscovici. Este es el compromiso de la psicología social crítica, rescatar el conocimiento desde la comprensión de subjetividades a través del método que hemos enunciado, siguiendo las huellas de los referentes ocultos que se convierten en sujeciones naturales como la violencia de género, en donde hemos podido comprobar como de una generación de mujeres maltradas a otras subsecuentes, este marcaje es continuo, la indefensión aprendida en estos casos es una de los principales obstáculos para reconocerse como sujeto de derecho.

Luego entonces, ¿cómo hablar de posmodernidad si como dice Donna Haraway “nunca fuimos modernos” aspecto que comparto plenamente, de lo contrario no seguiríamos discutiendo el ejercicio del derecho a la equidad, o acaso la modernidad o posmodernidad no es justamente la hipercapitalización del mundo, poniendo en crisis valores y creencias, incluso afectividades aparentemente sólidas...? pero qué hacer si cuando recogemos el discurso de nuestros informantes, nos hablan desde esos valores, creencia y afectos, entonces estamos en un mundo de encrucijadas y caminos poco claros, de tal manera que se ha llegado a la invención del espacio/sujeto “ciborg” que se mueve en las contradicciones y límites de su propio contexto pero también de su deseo y del deseo del “Otro”. Lo que nos regresa a la imperante necesidad de construir y reconstruir nuevos paradigmas científicos que aboguen por la importancia ontológica de los significados en los diversos contextos situados, incluyendo desde luego los espacios de comunicación virtual.

Finalmente, en América Latina particularmente estas realidades sociales se modelan y estructuran desde “afuera” parafraseando a Galeano, es decir, desde nomenclaturas hipercapitalizadas que no responden a la demanda de los millones de excluidos que existen, dejando un espacio de vacíos y limitaciones, contradicciones y anhelos que la psicología social política desentraña desde la afectividad colectiva esa que se encuentra en todas partes y que se materializa en la única riqueza que nos queda, el legado comprometido desde el cual orientamos nuestros esfuerzos para seguir intentado

construir un mundo mejor, que habrá que admitir, está lleno de incógnitas, porque el proyecto de cambio que nació en la década de los sesentas y continuó hasta la década de los ochentas al cual muchos le apostamos, ha sido un proyecto que si bien desafió las estructuras políticas de control y cuestiono al Estado, tampoco logró acabar con sus inercias y su mediocridad burocrática. Por eso es urgente repensar nuevas categorías de conocimiento en donde la subjetividad social **SÍ** importe y el proyecto de igualdad, libertad y fraternidad colectiva vuelva a tener sentido para estas nuevas generaciones.